

LAS MUJERES SABIAS

de Moliere

LAS MUJERES SABIAS

REPARTO:

**ARMANDA
ENRIQUETA
BELISA
MARTINA
FILAMINTA**

**CLITANDRO
ARISTO
CRISALIO
TRITONTÍN
LEPINE
VADIUS
JULIÁN
EL NOTARIO
CRIADOS**

LAS MUJERES SABIAS

PRIMERA PARTE

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO: ESCENA PRIMERA

ARMANDA y ENRIQUETA

ARMANDA.- ¡Muy bien! ¿No te gusta el bellissimo nombre de hija, que es todo un título de grandeza y quieres abandonar ese dulce estado? ¿Y te atreves, como la cosa más natural, a aceptar alegremente la idea de la boda? Pero..., ¿cómo se te puede ocurrir esa vulgaridad?

ENRIQUETA.- Pues ya ves, hermanita.

ARMANDA.- ¡No puedo soportar ese estúpido "ya ves"! Me mareo sólo con oírte.

ENRIQUETA.- Yo no sé qué puede tener el matrimonio para poner a nadie enferma.

ARMANDA.- Pues, me pone... ¡Ah!... ¡Puaf!... ¡Aaaaah!

ENRIQUETA.- ¿Qué te pasa?

ARMANDA.- ¿No lo ves? Náuseas. ¡Puaf!... ¡Aaaah!... ¡Náuseas! Te lo dije y te lo repito. ¿No comprendes que la palabra boda es tan repugnante que marea sólo oírta? ¿No ves que es una..., una expresión que hiere y que..., que ensucia el pensamiento con imágenes soeces?... ¡Boda!... ¿Es que no tiembles?... ¿Es que tu corazón no se subleva ante las incitaciones y las sugerencias de esa palabra?

ENRIQUETA.- Las sugerencias de la palabra boda me hacen ver un marido, unos niños y un hogar. Ninguna de esas imágenes es soez, ninguna me hiere y ninguna me hace temblar.

ARMANDA.- Entonces.... ¿es que te gustan?

ENRIQUETA.- ¡Ya lo creo! No se me ocurre nada mejor, a mi edad, que casarme con un hombre que me quiera y a quien quiera. Nada más lógico que esperar de ese amor el nacimiento de una vida inocente. ¡Si no te parecen bastantes atractivos...!

ARMANDA.- ¡Dios Santo!, qué espíritu tan bajo es el tuyo. Sólo aspiras a ser una criatura inferior, a ocuparte de problemas domésticos y a tener por todo placer la idolatría de tu marido y de tus hijos. ¡Déjale a la gente vulgar ese tipo de diversiones! ¡Pon tu deseo en una meta más alta!... ¡Piensa en un tipo de placeres más nobles! En fin,

haz como yo, desprecia los sentidos..., desprecia la materia vil y dedícate a los grandes temas del espíritu... Toma ejemplo de mamá, que es una sabia reconocida por todos... Procura, nada más y nada menos, que ser hija suya... Aspira a una parte de la gloria que a todos nos cubre... Sensibilízate, hermana, sensibilízate a la paz que proporciona el estudio a los corazones instruidos... Nada de sujetarse a la ley del hombre... ¡Por favor, hermana, cástate con la filosofía, que ella te elevará sobre el resto de los mortales!... La filosofía, hermana, la filosofía, que no tiene más ley que la razón y que es capaz de dominar esos deseos de nuestro yo "animal" que son los que nos convierten en bestias... Ese es el fuego, ese es el amor al que debe consagrarse la vida... Me da vergüenza ver a mujeres sensibles dedicadas a otros menesteres.

ENRIQUETA.- ¿Y a mí que me parece que Dios hace muy bien las cosas? A cada uno nos crea para un destino distinto. Seguramente no corta siempre la misma tela para que no le salga siempre un filósofo. Si a ti te hizo para la grandeza de la sabiduría, creo que en mí pensó para las cosillas terrenales... Y, desde luego, para el hogar... Así que... cumplamos el reglamento y respetemos nuestro carácter... Tú vete trepando a todo lo alto de la filosofía... Pero déjame a mí que rastree tranquila por el vil camino del matrimonio... Así imitemos las dos a mamá... Tú, su alma y... su espíritu... Y yo sus sentidos y... todo lo bajo... Tú buscas su inteligencia y yo copio su... su materialidad... ¿Vale?

ARMANDA.- No. Imitar a una persona no es toser y escupir como ella. Hay que tomar a la gente en su integridad.

ENRIQUETA.- Pero tú no serías tan elevada ni... tan importante, si mamá sólo hubiese tenido espíritu, digo yo... Algún rato se le ha debido olvidar la filosofía, porque si no... Por favor, sonríe un poquito a esas cosillas materiales, a las que, al fin y al cabo, debes tu inteligencia y no trates de hacer proselitismo ni intentes evitar el nacimiento de algún pequeño sabio que, a lo mejor, tiene ganas de venir al mundo.

ARMANDA.- Me parece difícil curarte de tu obstinación matrimonial... Bien... Dime, por lo menos, por quién te has decidido... ¿Porque supongo que no se te habrá ocurrido pensar en Clitandro?.

ENRIQUETA.- ¿Y por qué no se me iba a ocurrir?. Clitandro está muy bien.

ARMANDA.- Claro que está bien. Pero no es decente querer quitárselo a otra. Todo el mundo sabe que anda muerto por mí.

ENRIQUETA.- Sí. Pero tú no puedes rebajarte al matrimonio. Tú has renunciado a casarte. Tú estás enamoradísima de la filosofía... ¿No?, pues, entonces, si no te importa Clitandro, ¿qué mas te da que me lo lleve yo?.

ARMANDA.- El hecho de que mi espíritu gobierne a la materia no quiere decir que no me guste ser deseada. No quiero casarme, pero me gusta tener un admirador.

ENRIQUETA.- ¡Si a mí no me importa nada que sienta admiración por tu inteligencia! Yo me quedo con su amor material, que es lo que has rechazado tu elevado espíritu.

ARMANDA.- ¡Ah, sí! ¿Te basta con los restos de un caballero despechado? ¿O es que crees que ya no piensa más que en tí?.

ENRIQUETA.- Lo creo, porque me lo ha dicho.

ARMANDA.- ¡Pues desconfía un poco! Si te ha dicho que me deja a mí y te quiere a tí, vamos, te aseguro que se engaña.

ENRIQUETA.- Puede. Pero si eso te divierte lo vamos a saber ahora mismo... Ahí viene... Verás qué pronto se aclara la cosa.

ACTO PRIMERO: ESCENA SEGUNDA

CLITANDRO, ARMANDA y ENRIQUETA

ENRIQUETA.- Mi hermana me ha puesto en duda, Clitandro. Por favor, decide entre ella y yo... Dinos dónde estás y... a quién quieres

ARMANDA.- No, no... No... Nada de explicaciones odiosas... Tengo un gran respeto por la intimidad ajena y sé lo violenta que es una confesión.

CLITANDRO.- ¡Qué va! Violencia ninguna. Confieso en alta voz, con toda claridad y franqueza, que estoy preso y enamorado.... (*Señala a Enriqueta*)... de ti. ¡Que no haya equívoco! ¿No es eso lo que tú querías? Claro que me gustabas y... bastante que suspiré por ti... durante cierto tiempo mi corazón pareció una llama inmortal... Pero tú no me encontraste suficientemente intelectual... Me despreciaste tanto que, harto de sufrir, busqué otra cadena menos dura... (*Señala a Enriqueta.*) Y la encontré. Me miraré en sus ojos hasta la eternidad. Porque ni me han hecho sufrir ni me han despreciado por lo que podía tomarse como un puro gesto de despecho. Ahora sí que me siento encadenado... De manera que no intentes recuperar a quien quiere quedarse con su nueva paz y felicidad.

ARMANDA.- ¿Quién ha pretendido eso? Tú no me importas nada. Encuentro divertido que creas que te has enamorado de mi hermana, y, por otra parte considero una impertinencia que me lo digas a mí.

ENRIQUETA.- ¡Eh, cuidado, hermanita, cuidado! ¿Qué hace la filosofía que no controla a la bestia?.

ARMANDA.- ¿Y dónde está tu sentido moral si te atreves a hablar de amor sin consentimiento de quienes te dieron el ser?... Tu deber es aceptar sus órdenes... Te casarás con quien ellos te digan. Es un crimen rebelarse contra los padres.

ENRIQUETA.- Gracias por la lección. La aprovecharemos. Clitandro, por favor, refuerza tu cariño con la autorización de mis padres.

CLITANDRO.- Voy a hacer todo lo que pueda para conseguirlo. Estaba esperando tu permiso.

ARMANDA.- Tu ganas. Pero no pienses que sufro por eso.

ENRIQUETA.- ¿Quién, yo? De ninguna manera. Si ya sé que a ti te gobierna la inteligencia... Tu sentido filosófico te evita muchas penas. Al revés... yo espero que me ayudarás, que echarás una mano a Clitandro y que, con tu voto, tendremos boda muy pronto... Sí... Por favor... Verás..

ARMANDA.- La burla de la pobre inculta..., tan orgullosa con su amor de segunda mano...

ENRIQUETA.- Ya lo sé... ¡Y que no te gustaba poco a ti! ¡Si hubieras podido recuperarlo!...

ARMANDA.- No vale la pena contestarte... Oídos sordos para las palabras necias...

ENRIQUETA.- ¡Por fin! ¡Ojalá mantengas un poco esa insólita prudencia!.

ACTO PRIMERO: ESCENA TERCERA

CLITANDRO y ENRIQUETA

ENRIQUETA.- Tu confesión la dejó furiosa.

CLITANDRO.- Se merece la franqueza más brutal. Todos esos desplantes vanidosos me obligaron a ser bárbaramente sincero... En fin... Voy a hablar con tu padre.

ENRIQUETA.- Sería mejor que intentases conquistar primero a mamá. Mi padre es muy bueno y consiente en todo.... pero tiene poca energía... Dios le ha hecho tan sencillo que se somete en todo a mamá; mamá reina, gobierna y legisla como mejor le parece. Quisiera que fueses simpático con mi madre y mi tía..., que..., no sé... buscases algún medio de atraerte su estimación...

CLITANDRO.- Nunca he podido hacer eso..., ni siquiera fui capaz de halagar a tu hermana... No me gustan las bachilleras. Paso, naturalmente, porque haya mujeres listas... Pero me molesta que estudien y se conviertan en medio sabias sólo para que se lo digan... Por eso me cae tan bien que, a veces, una mujer parezca incluso ignorar lo que sabe. Quiero, Dios mío, que disimule su ciencia, que sea culta sin querer que todo el mundo lo sepa; que no haga citas; que no me cañonee con grandes frases; que no quiera alardear de talento en la menor ocasión.. En fin..., yo respeto a tu madre, pero no puedo aprobar sus elucubraciones ni hacerme eco de las cosas que dice ni del enorme incienso que a todas horas se echa encima, como si fuese una heroína. Su famoso señor Tritontín me aburre hasta morir. Y me da rabia ver que tu madre lo estima como si fuese un verdadero genio. ¡Un genio! Un imbécil harto de que le silben; un pedante que está abarrotando la ciudad de cuartillas que nadie tiene ganas de leer.

ENRIQUETA.- Si, sus textos son plúmbeos y sus parrafadas insufribles. Estamos de acuerdo. Pero tiene mucha influencia con mi madre y debes ser amable con él. Los

enamorados han de luchar en todos terrenos. Necesitamos muchos aliados y pocos enemigos. Es mejor gustarle incluso al perro de la casa.

CLITANDRO.- Tienes toda la razón, pero Tritontín me saca de mis casillas. No puedo deshonrarme admirando sus tonterías sólo para contar con su voto. Sabía que era tonto mucho antes de conocerle... Sólo leyéndole supe que era pedante, vanidoso y presumido... Primero pensé que era un osado... Después supe que su indolente seguridad es la que le hace estar siempre tan contento consigo mismo... que por eso está tan satisfecho con todo lo que escribe... y que no cambiaría su ínfimo renombre por todos los honores de un capitán general.

ENRIQUETA.- Tienes buena vista si has visto todo eso, amor.

CLITANDRO.- ¡Con decirte que leí los versos y me imaginé el poeta! Tanto es así que un día, en el Palacio de Justicia, me tropecé con un sujeto, adiviné que era el mismísimo Tritontín y gané una apuesta.

ENRIQUETA.- Embustero.

CLITANDRO.- ¡Créeme!... ¡Huy!, ¡Tu ilustre tía! Voy a contarle nuestro secreto y a pedirle que nos ayude con tu padre. *(Sale Enriqueta)*

ACTO PRIMERO: ESCENA CUARTA

BELISA y CLITANDRO

CLITANDRO.- Señora, permitidle a un enamorado que se aproveche de este momento y os descubra la sinceridad de su amor...

BELISA.- ¡Cuidado, por Dios! ¡Guardaos mucho de abrir del todo vuestra alma! Si he aceptado que entréis en la categoría de mis admiradores, contentaos con mirarme. No utilizéis otro idioma, para revelar deseos que, en mi estructura mental, son pura y llanamente verdaderos ultrajes. Amadme, bueno... Suspirad, bueno... Padeced y consumíos por mis encantos... Está bien... Pero dejadme que permanezca en la ignorancia... podré cerrar los ojos sobre vuestra pena siempre que lloréis en silencio... Pero si abris la boca os tendréis que exilar.

CLITANDRO.- No, señora, no os asustéis. A mí quien me gusta es Enriqueta. Enriqueta me encanta. Lo que yo os quería pedir era que me ayudaseis... pero con Enriqueta.

BELISA.- ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!... Notable, notable, notable dialéctica. Enhorabuena. En ninguna novela he encontrado una salida tan astuta.

CLITANDRO.- No es una salida, señora. Es la verdad. Dios ha querido rendirme a la hermosura de Enriqueta. Me siento muy feliz y quiero casarme con ella. Tenéis influencia y os pido que me ayudéis.

BELISA.- Ya veo con qué suavidad planteáis las cosas soy inteligente y entiendo lo que hay que entender en estos casos... ¡Pero qué hábil sois! ... Bien. Os contestaré como si aceptase vuestro juego dialéctico. Enriqueta, digo...Enriqueta, se rebela ante la palabra matrimonio. No hay nada que hacer ni nada que pretender. Sólo se puede morir, ya está dicho, morir por ella, y nada más.

CLITANDRO.- Pero, señora, por favor... ni os sintáis molesta ni penséis lo que no es.

BELISA.- ¿Lo que no es? Vamos, sed hombre. No os defendáis de lo que hace tiempo me han revelado vuestras miraditas. Estoy satisfecha con el inteligente ardid de vuestra declaración indirecta. Ahora ¡oidme!.. Dentro de los límites a que lógicamente os obliga el respeto, la mujer que amáis acepta vuestro homenaje siempre que, arrebatos aparte, vuestros deseos se eleven y purifiquen como en un altar.

CLITANDRO.- ¡Pero, señora!

BELISA.- Y adiós... Esto debe bastaros por el momento. He hablado bastante más de lo que quería.

CLITANDRO.- Señora, que estáis equivocada...

BELISA.- Basta. Me ruborizo. ¡Qué violencia, qué violencia para mi pudor!

CLITANDRO.- Señora, que me ahorquen si yo estoy enamorado de vos... Y para ahorcarme que...

BELISA.- He dicho basta y he dicho basta. No quiero oír nada más.

ACTO PRIMERO: ESCENA QUINTA

CLITANDRO, solo

CLITANDRO.- ¡Qué se vaya al diablo esta loca que ve visiones! ¡Pues estamos buenos con su modestia y su clarividencia!... No, no... ¡Aquí hay que buscar inmediatamente una persona cuerda!.

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO: ESCENA PRIMERA

CRISALIO y ARISTO

ARISTO.- (*Despidiéndose de Clitandro*) Te traeré la contestación cuanto antes. Te defenderé, haré fuerza, pelearé lo que haga falta... ¡Cómo son los enamorados! La impaciencia es su norma... Nunca, nunca he...

ACTO SEGUNDO: ESCENA SEGUNDA

CRISALIO y ARISTO.

ARISTO.- Dios te guarde, hermano.

CRISALIO.- Y a ti también.

ARISTO.- ¿Sabes a lo que vengo?

CRISALIO.- No. Pero te escucho.

ARISTO.- ¿Hace mucho que conoces a Clitandro?

CRISALIO.- Bastante. Viene mucho por esta casa.

ARISTO.- ¿Qué opinión te merece?

CRISALIO.- Es honrado, listo, bondadoso y honesto. De pocas personas se puede decir tanto.

ARISTO.- Pues me trae un deseo suyo. Así que me alegra saber que le quieres.

CRISALIO.- Conocí a su difunto padre en un viaje a Roma.

ARISTO.- Muy bien.

CRISALIO.- Fue un caballero.

ARISTO.- Lo sé.

CRISALIO.- Teníamos veintiocho años y éramos una pareja de conquistadores.

ARISTO.- Te creo.

CRISALIO.- Nos gustaban las señoras y Roma entera habló de nuestras aventuras. Volvíamos celosos a los hombres.

ARISTO.- Eso está bien. Pero déjame contarte mi asunto.

ACTO SEGUNDO: ESCENA TERCERA

Dichos y **BELISA**, que entra silenciosamente y escucha.

ARISTO.- Clitandro me ha pedido que hable contigo; se ha enamorado de Enriqueta.

CRISALIO.- ¿De mi hija Enriqueta?

ARISTO.- Sí. Enamoradísimo. Nunca he visto a nadie tan apasionado.

BELISA.- (*A Aristo*) No, no. Te estoy escuchando y... No. Tu no sabes nada. Este asunto no está tan claro como parece.

ARISTO.- ¿Qué dices, hermana?

BELISA.- Clitandro te ha engañado. Desde luego está enamorado, eso es cierto, pero de otra persona.

ARISTO.- Te estás burlando. ¿Que Clitandro no quiere a Enriqueta?

BELISA.- No la quiere, no. Estoy totalmente segura.

ARISTO.- ¡Pero si me lo ha dicho él mismo!

BELISA.- ¡Ah, bueno!

ARISTO.- ¡Si me ha encargado personalmente que hable con su padre!

BELISA.- Claro, claro...

ARISTO.- ¡Y me ha suplicado que se arregle la boda cuanto antes!

BELISA.- Naturalmente. No se puede ser más listo. No se puede. Enriqueta, aquí entre nosotros, es una tapadera, un ardid, un pretexto, hermano mío, para encubrir otro amor cuya pureza yo conozco bien. No os engañéis.

ARISTO.- Bueno, ya que sabes tanto, dínos, si no te importa, quién es, entonces, la persona de quien está enamorado.

BELISA.- ¿Lo quieres saber?

ARISTO.- Sí, sí. ¿Quién es?

BELISA.- Yo.

ARISTO.- ¿Tú?

BELISA.- Yo, yo misma. Yo.

ARISTO.- ¡Pero bueno, hermana!

BELISA.- ¿Qué quiere decir ese "pero bueno"? ¿Qué hay de raro en ello? ¡Me parece que mis hechuras justifican que los hombres se enamoren de mí! Dorante, Damis, Cleonte y Lycidas son bastante prueba de que una tiene suficientes atractivos.

ARISTO.- ¿Todos esos están enamorados de ti?

BELISA.- Con toda su alma.

ARISTO.- Y... ¿te lo han dicho?

BELISA.- ¿Decírmelo? ¡Estaría bueno! Ninguno se ha atrevido. Me veneran de tal forma que jamás se les ha escapado la menor insinuación. Pero sus miradas les han traicionado siempre.

ARISTO.- ¿Qué dices? ¡Si Damis ya ni siquiera viene por aquí!

BELISA.- Por hacer más patente su respeto.

ARISTO.- Y Dorante se burla de ti, bárbaramente, donde quiera que va.

BELISA.- Los celos. Los celos rabiosos que tiene.

ARISTO.- Creonte se ha casado. Lycidas se ha casado.

BELISA.- Desesperados por mi indiferencia.

ARISTO.- ¡Tú ves visiones!

CRISALIO.- (*A Belisa*) Belisa, por favor, déjate de quimeras.

BELISA.- ¿Quimera? ¿Quimérica yo? Tiene gracia... ¡Quimeras! Me encantan las quimeras. Pero no me veo fabricándolas.

ACTO SEGUNDO: ESCENA CUARTA

CRISALIO y ARISTO

CRISALIO.- Nuestra hermana está completamente loca.

ARISTO.- Completamente. Y cada día más. En fin, vamos al tema. Clitandro quiere casarse con Enriqueta. Dime qué le contesto.

CRISALIO.- ¿Qué quieres contestarle? Que consiento de todo corazón y que consideraré un honor para todos su boda con Enriqueta.

ARISTO.- No tiene una gran fortuna, pero...

CRISALIO. - No me importa. Es rico en virtudes y eso vale un tesoro. Además, su padre y yo éramos uña y carne.

ARISTO.- Vamos a hablar con tu mujer para tenerla de nuestro lado.

CRISALIO.- Yo le acepto por yerno y basta.

ARISTO.- Sí, pero... para reforzar tu consentimiento no estaría de más contar con su aprobación... Anda, vamos...

CRISALIO.- Te digo que no hace falta. Yo respondo de mi mujer y me responsabilizo de todo.

ARISTO.- Es que luego...

CRISALIO.- ¡Que me dejes a mí!... No tengas miedo... Voy a prepararla.

ARISTO.- De acuerdo. Yo sondearé mientras a Enriqueta y en seguida vuelvo para que me cuentes...

CRISALIO.- Esto es cosa hecha. Ahora mismo hablaré con mi mujer...

ACTO SEGUNDO: ESCENA QUINTA

CRISALIO y MARTINA

MARTINA.- ¡Qué mala suerte! ¡Qué mala suerte tengo! ¡Ay, Dios mío!... Por algo dicen que quien quiere ahogar a su perro lo acusa de rabia... ¡Y que no es ninguna herencia el servir a otros!... ¡Ay!

CRISALIO.- ¿Qué tienes, muchacha?... Martina... ¿qué te pasa?

MARTINA.- ¿Que qué me pasa?

CRISALIO.- Sí.

MARTINA.- Que me han despedido, señor... que me han echado.

CRISALIO.- ¿Que te han echado?

MARTINA.- Sí, señor... La señora me ha puesto en la calle.

CRISALIO.- No lo comprendo, ¿y por qué?

MARTINA.- Y me ha dicho que si no desaparezco en el acto me dará cien estacazos

CRISALIO.- De ninguna forma.. ¡Tú te quedas! Estoy muy contento contigo, ¿sabes? Es que a la señora se le sube algunas veces la sangre a la cabeza... Pero yo no quiero que te marches...

ACTO SEGUNDO: ESCENA SEXTA

FILAMINTA, BELISA, CRISALIO, MARTINA

FILAMINTA.- *(Al ver a Martina)* ¿Qué es esto, estúpida? ¿Qué haces todavía en esta casa? ¡Vamos, bribona, largo de aquí! Y no vuelvas nunca a ponerte delante de mi vista.

CRISALIO.- Despacio, despacio...

FILAMINTA.- Este asunto está liquidado.

CRISALIO.- ¿Qué?

FILAMINTA.- Que se marche.

CRISALIO.- Pero... ¿que ha hecho para que te pongas así?

FILAMINTA.- ¿Es que vas a defenderla?

CRISALIO.- No ¡yo que voy a defender!...

FILAMINTA.- Entonces... ¿es que te revuelves contra mí?

CRISALIO.- Tampoco. ¡Libreme Dios!... pregunto, sencillamente, cuál es su culpa.

FILAMINTA.- ¿Te figuras que voy a echarla sin una causa lícita?

CRISALIO.- No he dicho eso... Pero con el servicio hay que...

FILAMINTA.- No, no y no. He dicho que se marcha y se marcha...

CRISALIO.- -Se marcha. Bien. ¿Quién ha hablado lo contrario?.

FILAMINTA.- No me gusta que se obstaculicen mis razonables deseos.

CRISALIO.- De acuerdo.

FILAMINTA.- Y tú, como un marido lógico, debes ponerte de mi parte y estar con ella tan enfadado como estoy yo.

CRISALIO.- *(Se vuelve a Martina)* Eso hago. Sí, criminal, la señora te echa con razón. Criminal, criminal. Tu crimen es imperdonable.

MARTINA.- ¿Pero qué es lo que he hecho?

CRISALIO.- ¡Y yo qué sé, hija! ¡Yo qué sé!

FILAMINTA.- ¡Ni siquiera experimenta la menor contrición!

CRISALIO.- ¿Es que rompió algún espejo... o una porcelana... y eso te ha puesto furiosa?

FILAMINTA.- ¿Por eso la iba a echar? ¿Crees que yo me enfado por una nadería?.

CRISALIO.- *(A Martina.)* ¿Qué quieres que diga? Así que el asunto es bastante más grave...

FILAMINTA.- Naturalmente. ¡No estoy loca!

CRISALIO.- Ya sé. Ha desaparecido una bandeja de plata...

FILAMINTA.- Eso no sería nada...

CRISALIO.- ¡Diablo! Pues no sé qué... *(A Filaminta.)* ¿La has sorprendido robando?

FILAMINTA.- Peor.

CRISALIO.- ¿Peor que robar?

FILAMINTA.- Peor...

CRISALIO.- *(A Martina)* ¡Caray! ¡Ah, miserable!... ¡Ahora comprendo!... ¡Ya sé!... *(A Filaminta)* La has descubierto con un...

FILAMINTA.- ¿Sabes cómo le ha llamado a este salón? ¡La "viejoteca"!

MARTINA.- ¡Usted lo dijo ayer!

FILAMINTA.- Dije "biblioteca". Me rompe el tímpano con su lenguaje. Después de treinta clases, de treinta, ha pronunciado una palabra bárbara e impropia, condenada taxativamente por la Academia.

CRISALIO.- ¿Y esa es la causa por la que...?

FILAMINTA.- Claro... Está todo el día, a pesar de mis admoniciones, corrompiendo la gramática. La Gramática, que es la madre de todas las Ciencias. La Gramática, que obliga a los reyes y les somete a su disciplina.

CRISALIO.- Pensé que había cometido un crimen.

FILAMINTA.- Y eso es lo que ha hecho. ¿O no?

CRISALIO.- Sí, sí. Claro.

FILAMINTA.- ¡Tendría gracia que quisieras absolverla!

CRISALIO.- No, no, me guardaré muy bien.

BELISA.- La verdad es que es una pena. No tiene idea de sintaxis... La destruye.. ¡Y cuidado que se la hemos explicado cien veces!.

MARTINA.- Ustedes predicán muy bien. De acuerdo. Pero yo nunca conseguiré hablar esa jerga.

FILAMINTA.- ¡Deslenguada! ¡Llamar jerga a un idioma basado en la lógica y la buena literatura!.

MARTINA.- Cuando a una se la entiende es porque sabe hablar. En cambio a ustedes no hay quien les entienda, nada de nada nunca jamás.

FILAMINTA.- ¿Ves? ¿Ves su estilo? "Nada de nada nunca jamás."

BELISA.- ¡Desgraciada! ¡Eres una desgraciada! ¿Es posible que a pesar de nuestra devoción pedagógica no hayamos conseguido enseñarte a hablar con propiedad? Es inútil doblar un "nada" con otro "nada" y en cuanto al "nunca" y el "jamás" debes saber que basta una negación.

MARTINA.- Pero yo no he estudiado. Yo... Hablamos como en mi casa.

FILAMINTA.- No la puedo oír. No puedo

BELISA.- ¡Un solecismo detrás de otro!

FILAMINTA.- Mi oído no lo resiste.

BELISA.- ¡No tienes ninguna base cultural! "Yo" es singular y "hablamos" es plural. ¿Por qué ofendes a la Gramática?

MARTINA.- ¿Yo? Yo no he ofendido a nadie.

BELISA.- La Gramática no es un ser. Ya te lo he explicado otras veces

MARTINA.- Que sea lo que quiera. A mí qué me importa.

BELISA.- ¡Alma ruin! ¡Raza degenerada! La Gramática organiza la mecánica del nombre y el verbo, el adjetivo y el sustantivo.

MARTINA.- No tengo el gusto de conocer a ninguno.

FILAMINTA.- ¡Qué suplicio!

BELISA.- Son los nombres de las palabras. Hay que vigilar su concordancia.

MARTINA.- Que se concuerden solas... o que no se concuerden... A mí que me importa.

FILAMINTA.- (*A Belisa*) Acabad de una vez. (*A Crisalio*) ¿La echas a la calle o no?

CRISALIO.- (*Aparte*) Claro que sí... ¿Qué puedo hacer? No la enfades más, Martina. Retírate, por favor.

FILAMINTA.- ¿Por favor?... ¿Es que temes ofenderla? ¿A que viene tanta amabilidad?

CRISALIO.- (*Con tono firme.*) ¿Amable yo? Vamos... ¡Fuera! (*Con voz más dulce.*) Vete, hija mía...

ACTO SEGUNDO: ESCENA SÉPTIMA

FILAMINTA, CRISALIO y BELISA

CRISALIO.- Bien. Ya se marchó la pobre. Ya estás contenta. Pero yo no apruebo ese despido. Era una muchacha limpia y trabajadora. La has despedido por una causa bien tonta.

FILAMINTA.- ¿Ah, sí? ¿Queréis que la guardase a mi servicio para que me deshiciera el oído ofendiendo a todas horas la razón con su bárbara mezcla de vicios sintácticos, violencias semánticas y refranes del mercado?

BELISA.- Yo he sudado al oírla. Destroza el diccionario a todas horas. Sin contar con que sale de un pleonasma para caer en una cacofonía.

CRISALIO.- ¿Y que nos importa que no siga las recetas de la Academia si sigue las de cocina? Yo prefiero que pele bien las habichuelas aunque concuerde equivocadamente las partes de la oración y prefiero que se exprese vulgarmente a que se le pegue el puchero o se le queme la carne... Yo como de las ollas y no de la gramática. La Academia no tiene idea de como se hace un potaje... Y los literatos que más palabras bonitas dicen, a lo mejor son un desastre como cocineros.

FILAMINTA.- ¡No se puede concebir un discurso más grosero! ¡Qué cosa indigna es que un ser que se tiene por hombre, se rebaje sin cesar hacia las preocupaciones materiales y

que nunca se eleve a las regiones del espíritu! El cuerpo, esta miseria, ¿merece que se piense siquiera en él? ¿Es que no es mejor olvidarlo?

CRISALIO.- Mi cuerpo soy yo mismo y me gusta tratarlo con mimo. Puede que sea una miseria, pero yo le tengo bastante cariño.

BELISA.- El cuerpo está unido al espíritu, hermano... Es verdad... Pero toda persona culta concede primacía a los valores espirituales sobre los materiales... Por eso, nuestra gran preocupación debe ser alimentarnos de ciencia...

CRISALIO.- Me parece que si quieres alimentar el espíritu, también tendrás que darle carne... No demostráis ninguna solicitud por...

FILAMINTA.- ¡Ay, "solicitud"! ¡Que palabra más anticuada!

BELISA.- Más que anticuada, cursi...

CRISALIO.- Está bien. Estallo, me quito el antifaz y suelto la bilis. Todo el mundo os tiene por locas y yo tampoco os puedo soportar...

FILAMINTA.- ¿Qué estás diciendo?

CRISALIO.- (*A Belisa*) Te hablo a ti, hermana. Te disgustan los solecismos, ¿eh? Pues busca una palabra para tu manera de ser. Tus librotos tampoco me gustan a mí. Fuera de un tomo gordo de Plutarco que puede servir para planchar los cuellos, ¿por qué no quemas esa colección de mamotretos y dejas la ciencia a los hombres de ciencia? ¡Quita ya de la buhardilla ese horrible catalejo que asusta a la gente y todas las otras porquerías que hay al lado! No te hace ninguna falta saber lo que están haciendo en la luna. ¡Ocupate de lo que se hace en la casa, que está todo fatal! No hace falta que estudies tanto ni que sepáis tantas cosas inútiles. Educar a los hijos, tener el hogar ordenado, vigilar el servicio, administrar los gastos, eso sí que es un estudio valioso y una filosofía útil. Nuestros padres eran gentes muy sensatas, para quienes una mujer ya sabía bastante en cuanto podía distinguir las calzas de los jubones... Aquellas mujeres leían mal, pero vivían bien... El hogar las entretenía... y su ciencia era la del dedal, el hilo y las agujas... porque cuidaban las ropas de sus hijos... ¿Qué pasa ahora con estas señoras que todas quieren escribir y publicar libros? Pasa que nada les parece bastante elevado y que creen que han descubierto los secretos del mundo y que ya lo saben todo... Naturalmente, todo, menos lo que de verdad hay que saber. ¡Qué señoras! Saben cómo marcha la luna y la estrella polar, Venus, Marte y Saturno, con quienes yo tengo relaciones escasísimas... y con esa ciencia infusa y rebuscada nadie tiene idea de cómo marcha la cocina... que esa sí que es necesaria... Hasta el servicio se contagia de tanta preocupación cultural... ¿Claro, ya son tan cultos, que ninguno hace lo que tiene que hacer?. La conversación es la tarea número uno de esta casa y con tanto conversar se han enloquecido... todos... Uno quema el asado porque está leyendo historias...; otro me recita un poema cuando tengo sed; en fin, que siguen tan bien vuestro glorioso ejemplo que se han convertido en servidores que no sirven... Quedaba una pobre muchacha milagrosamente salva de la peste cultural y ya está en la calle por ofensas a la Gramática. Te digo, hermana, que estoy harto... Te hablo a ti... No quiero seguir viendo más latinistas por esta casa... No quiero volver a ver a ese

señor Tritontín... El es quien os ha sorbido el seso con sus pretensiosas tonterías... Nunca se saca nada en limpio de sus peroratas... Es un loco.

FILAMINTA.- ¡Qué indignidad, Dios mío! ¡Qué indignidad! ¡Indignidad de pensamiento e indignidad de lenguaje!.

BELISA.- Nunca he visto a los átomos organizarse peor ni formar un cuerpo humano tan mezquino y tan burgués como el tuyo... ¡No es posible que seas de mi misma sangre!... ¡Me voy confundida y abochornada!...

ACTO SEGUNDO: ESCENA OCTAVA

FILAMINTA y CRISALIO.

FILAMINTA.- ¿Té queda todavía algo dentro?

CRISALIO.- ¿A mí? No, ya acabé. No tengo ganas de pelea. Hablemos de otro tema. A tu hija mayor parece que le disgusta el matrimonio... ¡Qué caramba, es una filósofa!... No tengo nada que decir... Está educadísima... Muy bien dirigida... Pero la pequeña es bastante distinta. Me parece que ha llegado el momento de buscarle marido y casarla.

FILAMINTA.- Ya he pensado en eso, y también te quería hablar, precisamente. Ese señor Tritontín, cuya amistad nos echas en cara como si fuese un crimen y que no cuenta con tu estimación, es la persona que he elegido para marido de Enriqueta. Sé cuánto vale mucho mejor que tú. No me discutas. Es asunto resuelto. No quiero oír tu opinión sobre este matrimonio. Hablaré con Enriqueta. Tengo razones para defender a mi candidato y sabré en seguida si la has preparado en su contra.

ACTO SEGUNDO: ESCENA NOVENA

ARISTO y CRISALIO

ARISTO.- Bueno, bueno... He visto salir a tu mujer. ¿Ya habéis hablado?

CRISALIO.- Sí

ARISTO.- ¿Todo resuelto? ¿Aceptó? ¿Está hecha a la boda?

CRISALIO.- No del todo.

ARISTO.- ¿Se opone?

CRISALIO.- No.

ARISTO.- ¿Tiene dudas?

CRISALIO.- En absoluto.

ARISTO.- Entonces, ¿qué pasa?

CRISALIO.- Me ha ofrecido otro yerno.

ARISTO.- ¿Otro yerno?

CRISALIO.- Otro.

ARISTO.- ¿Cómo se llama?

CRISALIO.- El señor Tritontín...

ARISTO.- ¿Qué dices? ¿El señor Tritontín?

CRISALIO.- Sí. Ese que habla en verso cuando no habla en latín.

ARISTO.- ¿Y tu le has aceptado?

CRISALIO.- ¿Yo?... De ningún modo... ¡Dios no lo quiera!

ARISTO.- ¿Qué has dicho?

CRISALIO.- Nada. Y como no he dicho nada, a nada me he comprometido.

ARISTO.- Eso está bien. ¿Le propusiste, al menos, a Clitandro?

CRISALIO.- No, como se habló de otro yerno, preferí no descubrirme.

ARISTO.- Realmente, tu prudencia es excesiva. ¿Es que no te da vergüenza ser tan blando? ¿Cómo puedes resignarte ante el poder absoluto de tu mujer sin atreverte jamás a contradecirla?

CRISALIO.- Hablar es muy fácil ¡Tu no sabes cuanto me molestan los gritos! Me gusta la paz, el reposo, la tranquilidad. Mi mujer tiene un carácter horroroso... La verdad es que le da mucha importancia a la palabra filosofía, pero es una verdadera furia colérica. Y su espíritu, tan despreciativo de los bienes materiales, se ve que le activa muchísimo el hígado. En cuanto le llevo la contraria tenemos ocho días de temporal... Empieza a gritar y ya tiemblo... Es un dragón... No sé dónde meterme... Y esa es la auténtica fiera a la que tengo que llamar "corazón mío" y "mi vida".

ARISTO.- Te estás burlando de mí. Tu mujer te domina porque eres un cobarde. Su única fuerza es tu debilidad. Tú eres quien, al entregarle el mando, te has sometido a su altanería y la has dejado mangonear. Decídate a ser un hombre de una vez y ten el valor de imponer tu voluntad. ¿Vas a dejar que sacrifiquen tu hija a la locura de esta casa? ¿Vas a dejar que la entreguen a un mentecato sólo porque ha sabido aturdirles con media

docena de latinajos? Un pedante, eso es lo que es, por mucho que tu mujer piense que es un gran filósofo y que sus poemas son inconfundibles... Vamos... Esto es una broma... Tu cobardía da risa.

CRISALIO.- Tienes razón. He hecho mal. Bien. Habrá que mostrarse enérgico, hermano.

ARISTO.- Eso es hablar por derecho.

CRISALIO.- Es humillante estar así gobernado por una mujer.

ARISTO.- Bien dicho.

CRISALIO.- Ha abusado de mi buen carácter

ARISTO.- Exacto

CRISALIO.- Y de mi sencillez.

ARISTO.- Indudable.

CRISALIO.- Hoy va a saber, hoy mismo, que mi hija es mi hija, y que yo soy quien tiene que aprobar o no su matrimonio de acuerdo con mis ideas.

ARISTO.- Así te quiero ver.

CRISALIO.- Tu defiendes a Clitandro y sabes donde vive. Hermano: dile que venga, cuanto antes.

ARISTO.- Voy corriendo.

CRISALIO.- Ya he sufrido bastante. Ahora van a saber lo que es un hombre.

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO: ESCENA PRIMERA

FILAMINTA, ARMANDA, BELISA, TRITONTÍN y LEPINE

FILAMINTA.- Aquí, aquí oiremos más a gusto esos versos que hay que calibrar palabra por palabra.

ARMANDA.- Ardo en curiosidad.

BELISA.- Estamos muertas

FILAMINTA.- (*A Tritontín*) Todo lo que viene de vos es un verdadero regalo.

ARMANDA.- Una música incomparable.

BELISA.- Un concierto. Un concierto para el oído.

FILAMINTA.- No nos hagáis sufrir más

ARMANDA.- Empezad pronto.

BELISA.- Por favor. Tenéis nuestras vidas pendientes de vuestros labios.

FILAMINTA.- Estamos muy impacientes por oír ese epigrama.

TRITONTÍN.- (*A Filaminta*) Es un recién nacido, amiga mía. Estoy seguro que su suerte os conmoverá. En realidad, voy a dar a luz en vuestro salón.

FILAMINTA.- Sois su padre y eso basta para que le estimemos.

TRITONTÍN.- Vuestra, aprobación os convertirá en su madre.

BELISA.- ¡Qué talento de hombre!

ACTO TERCERO: ESCENA SEGUNDA

ENRIQUETA, FILAMINTA, ELISA, ARMANDA, TRITONTÍN y LEPINE

FILAMINTA.- (*A Enriqueta, que quiere retirarse.*) ¡Eh! ¿Dónde vas?

ENRIQUETA.- Me da miedo perturbar una reunión tan tierna.

FILAMINTA.- Ven... Acércate y disfruta del placer de oír maravillas.

ENRIQUETA.- Entiendo muy poco de literatura y tampoco comprendo del todo las grandes bellezas espirituales.

FILAMINTA.- No importa. Además, tengo que decirte un secreto que ya debes conocer.

TRITONTÍN.- (*A Enriqueta*) La ciencia no os cautiva, pero vos, en cambio, sabéis cautivar.

ENRIQUETA.- Os equivocáis dos veces. Es que no tengo deseos de...

BELISA.- ¡Por favor! Pensemos un poco en el recién nacido...

FILAMINTA.- (*A Lepine*) Tú, muchacho, trae unos asientos... ¡Pronto! (*Lepine se cae al suelo.*) ¡Habrá impertinencia! ¿Cómo te puedes caer después que te han explicado la teoría del equilibrio?

BELISA.- ¿Es que no comprendes las causas de tu caída? ¿No ves que te has distanciado del punto fijo que llamamos centro de gravedad?

LEPINE.- Sí, señora. Lo he comprendido al caerme.

FILAMINTA.- (*A Lepine, que sale.*) ¡Será torpe!

TRITONTÍN.- Alguna ventaja tiene que los hombres no sean de cristal.

ARMANDA.- ¡Bravo! ¡Buena frase! ¡Muy buena!

BELISA.- Siempre, siempre. (*Se sientan.*)

FILAMINTA.- ¡Por piedad!... alimentad nuestro espíritu.

TRITONTÍN.- Para ese impresionante apetito intelectual, señoras, es muy poca cosa un modestísimo plato de ocho versos; no creo cometer ningún error añadiendo el epigrama, o mejor, madrigal, el ragout de un soneto que en los salones de una culta princesa he pasado ya como portador de algunas delicadezas. Creo que es incisivo y estoy casi seguro, señora, que tanto su problemática como su continente os parecerá un acierto.

ARMANDA.- Eso no se puede dudar.

FILAMINTA.- Oído..., oído..., oído...

BELISA.- (*Interrumpe a Tritontín cada vez que el pobre se dispone a leer*) Emocionalmente, ya estoy en trance... La poesía me hace temblar... Sobre todo, claro, la erótica.

FILAMINTA.- Si seguimos hablando no podremos oír.

TRITONTÍN.- Sone...

BELISA.- (*A Enriqueta*) ¡Cállate, Enriqueta, por favor!

ARMANDA.- ¡Pero dejadle leer!

TRITONTÍN.- "Soneto a la fiebre de la princesa Urania".
"La prudencia está dormida
si con tanto amor tratáis
y con tal lujo alojáis
a quien abre vuestra herida."

BELISA.- ¡Qué arrancada, qué arrancada!

ARMANDA.- Sobrio, bello... y galante...

FILAMINTA.- El único... El maravilloso talento de la versificación fácil...

ARMANDA.- Hay que inclinarse ante la "Prudencia está dormida"... hay que arrodillarse.

BELISA.- "Alojáis a quien abre vuestra herida", me encanta.

FILAMINTA.- A mí me ha deslumbrado la consonancia "amor tratáis" y "lujo alojáis..." Me parece un hallazgo.

BELISA.- ¡El segundo cuarteto! ¡El segundo cuarteto!

TRITONTÍN.- "La prudencia está dormida
si con tanto amor tratáis
y con tal lujo alojáis
a quien abre vuestra herida."

ARMANDA.- "¡La prudencia está dormida!"

BELISA.- "¡Alojáis a quien abre vuestra herida!"

FILAMINTA.- "¡Amor tratáis!" "¡Lujo alojáis!"

TRITONTÍN.- "Echadla fuera en seguida
de la casa que habitáis,
porque el dolor que penáis
acaba con vuestra vida." .

BELISA.- ¡Espacio...! ¡Por favor, espacio! ¡No puedo ni respirar!

ARMANDA.- ¡Un momento! ¡Un momento! ¡Dadle tiempo a nuestro fervor!

FILAMINTA.- Hasta el fondo del alma se me inunda con no sé que noble emoción intelectual...

ARMANDA.- "Echadla fuera enseguida
de la casa que habitáis."

"¡La casa que habitáis" está dicho de un modo asombroso...! ¡Eso es una metáfora!.

FILAMINTA.- "¡Echadla fuera en seguida!" ¡Qué vocativo!...Está la emoción y, a la vez, hay un cierto distanciamiento...

ARMANDA.- De acuerdo... "¡Echadla fuera en seguida!" es una imagen muy, muy feliz...

BELISA.- Feliz y justa. Es una imagen justa.

ARMANDA.- ¡Quién lo hubiera escrito!

BELISA.- Vale por todo un libro.

FILAMINTA.- ¿Es que captará la gente la finura de esa expresión?

ARMANDA y **BELISA.**- ¡No!... ¡Desgraciadamente, no!... ¡La gente, no! ¡Una minoría, quizás!

FILAMINTA.- "¡Echadla fuera enseguida!". ¡Naturalmente, el enemigo a quien expulsar no es otro que la fiebre... Contra ella marcha el poeta... "¡Echadla fuera en seguida!" "En-se-gui-da" "En-se-gui-da". Este "enseguida" tiene un valor de inmediatez que... bueno... puede sustituir al efecto de un millón de palabras distintas...

BELISA.- Cuanto más se medita, más cosas se encuentran dentro.

FILAMINTA.- Al escribir ese cuarteto, ¿os habéis dado cuenta, en el acto, de su capacidad polémica? ¿Habíais reflexionado a fondo sobre aquello que verdaderamente deseabais expresar? ¿Y la intencionalidad era tan clara y tan directa?

TRITONTÍN.- ¡Ahí está! ¡Ahí está!

ARMANDA.- Se me ha quedado dentro ese "Dolor que penáis". El dolor de una fiebre injusta, inicua, que maltrata a quien le ha dado alojamiento...

FILAMINTA.- ¡Por favor, otra vez la primera estrofa! ¿Dónde está ese "enseguida"...?

TRITONTÍN.- "Echadla fuera enseguida!"

FILAMINTA, **ARMANDA** y **BELISA**.- "¡Fuera en seguida!"

TRITONTÍN.- "De la casa que habitáis"

FILAMINTA, **ARMANDA** y **BELISA**.- "De la casa que habitáis"

TRITONTÍN.- "porque el dolor que penáis"

FILAMINTA, **ARMANDA** y **BELISA**.- "penáis"... "penáis"... "penáis"...

TRITONTÍN.- "Acaba con vuestra vida"

FILAMINTA.- "¡Acaba con vuestra vida!"

ARMANDA y **BELISA**.- ¡Ay!

TRITONTÍN.- "Sin respeto a vuestra sangre
os acongoja y altera."

FILAMINTA, **ARMANDA** y **BELISA**.- ¡Ah!

TRITONTÍN.- "Os ofende noche y día
hacedla morir de hambre,
que al final la primavera,
una gran salud os fía"

FILAMINTA.- No puedo más.

BELISA.- Yo desfallezco.

ARMANDA.- ¡Yo me muero! ¡Me muero!

FILAMINTA.- Estoy temblando... Sufro, siento y tiemblo...

ARMANDA.- "Hacerla morir de hambre
que, al final, la primavera"

FILAMINTA.- "una gran salud os fía" salud os fía... ¿quién? la primavera...

ARMANDA.- No hay una palabra que no ejerza su seducción.

BELISA.- Completa... Una emoción completa.

FILAMINTA.- Es la emoción de quien anda entre las cosas bellas.

ARMANDA.- Por los caminitos de una rosaleta.

TRITONTÍN.- Entonces, el soneto os parece...

FILAMINTA.- Admirable... novedoso... Sin comparación posible...

BELISA.- (*A Enriqueta*) ¡Y tú, tan fría, con esta fabulosa declamación! La verdad que eres rara, sobrina...

ENRIQUETA.- Cada cual es como es... Y no todo el mundo puede ser inteligente...

TRITONTÍN.- Quizás a esta señorita le molesten mis versos.

ENRIQUETA.- ¡Qué va!. ¡Si yo no los oigo!

FILAMINTA.- Bien. Veamos el epigrama...

TRITONTÍN.- "Sobre una carroza dorada regalada a una amiga".

FILAMINTA.- ¡Qué bien titula! ¡Qué bien!

ARMANDA.- De ese título ya puede esperarse todo.

TRITONTÍN.- "Su precio es la mitad de mi fortuna"

FILAMINTA, **ARMANDA** y **BELISA**.- ¡Ah! ¡Fenomenal! ¡Ah!

TRITONTÍN.- "Su precio es la mitad de mi fortuna,
y bajo el sol brillante o a la luz de la luna,
cuando pase la carroza
en que presume la moza
pensad quienes la admiráis
que si ha triunfado mi Láis..."

FILAMINTA.- ¡Mi Láis!... ¡Qué maravilla de erudición! ¡Y qué sarcasmo!

TRITONTÍN.- "cuando pase la carroza
en que presume la moza
pensad quienes la admiráis
que si ha triunfado mi Láis...
es que el color amarillo
a mi oro debe su brillo".

ARMANDA.- Increíble... Asombroso final...

FILAMINTA.- ¡Qué estrambote! ¡Qué estrambote! Tiene su sello.

BELISA.- "...es que el color amarillo
a mi oro debe su brillo"...

Declinación: "Mi oro!", "de mi oro" "a mi oro".

FILAMINTA.- Desde que os conocí os admiré. Lo mismo en prosa que en verso.

TRITONTÍN.- (*A Filaminta*) Me gustaría dejar de ser admirado para ser admirador... Oigamos algo vuestro, si no os molesta.

FILAMINTA.- La verdad es que yo no versifico, pero, como amiga, muy pronto os enseñaré ocho capítulos del reglamento de nuestra Academia. Cuando escribió la República, Platón se detuvo en ese proyecto. Yo quiero llevar la idea hasta el final. Me siento incómoda ante las constantes ofensas a nuestro talento. Quiero que nos vengamos del lugar indigno ha que nos han relegado los hombres... De su falta de respeto a nuestra inteligencia... de su costumbre de cerrarnos las puertas que conducen al lugar en que brillan las ciencias del espíritu...

ARMANDA.- Ofenden a nuestro sexo limitando nuestro juicio crítico a opinar sobre faldas, mantos, bordados y encajes.

BELISA.- Hay que sublevarse contra ese reparto de valores y liberar el espíritu femenino.

TRITONTÍN.- Todos los demás conocen mi actitud: respeto a los bellos ojos, pero respeto también, respeto, sobre todo, a las luminarias del espíritu.

FILAMINTA.- Nosotras también sentimos admiración por el vuestro. Pero ya es hora de demostrar a quienes nos desprecian que estamos cargadísimas de ciencia... que somos muy capaces de reunirnos en sabientes y doctas asambleas... que queremos unir lo que está separado... mezclar la ciencia y la gramática... hacer experimentos... descubrir los misterios de la Naturaleza... y, sobre cualquier tema, aceptar plenamente la concurrencia de todos los pareceres... sin quedar obligadas a ninguno...

TRITONTÍN.- Me adhiero al peripatetismo.

FILAMINTA.- Yo por las abstracciones, más bien me siento platónica.

ARMANDA.- A mí me gusta la fortaleza dogmática de Epicuro.

BELISA.- Yo me arreglo bien con las molculillas. En cambio me resisto a asimilar la idea del vacío. Me encuentro más a gusto con el concepto de la materia como ente sutil.

TRITONTÍN.- Creo que Descartes ha tenido una brillante idea con los imanes

ARMANDA.- Y con los torbellinos. Yo los adoro.

FILAMINTA.- A mí me ha impresionado con sus mundos que caen.

ARMANDA.- Quiero que nuestra Academia se abra cuanto antes para que cuanto antes hagamos el primer descubrimiento.

TRITONTÍN.- Se espera mucho de vuestra claridad mental y del hecho de que, en verdad, la Naturaleza apenas si tiene secretos para vosotras.

FILAMINTA.- Yo sin vanidad, ya he descubierto algo... He visto clarísimamente a unos hombres en la Luna.

BELISA.- Yo hombres, no; pero sí torres de iglesias, como veo esta reunión.

ARMANDA.- Tendremos que profundizar en física, en gramática, en historia, en poesía, en moral y en política.

FILAMINTA.- La moral fue, en el pasado, el amor de los grandes pensadores; pero hoy yo prefiero el estudio de los estoicos.

ARMANDA.- Y en cuanto al idioma ya en el propio reglamento de la Academia plantearemos el problema de la renovación lingüística. Por antipatía, justa o injusta, odiamos ahora una serie de palabras. Vamos a preparar sus sentencias de muerte y a decretar la prohibición de la terminología vulgar.

FILAMINTA.- Pero el proyecto más hermoso de la Academia, la empresa más noble y que más dará que hablar a la posteridad, es la supresión y corte de todas las sílabas feas en que se apoyan los chistes fáciles, y sobre todo, aquellos que se prestan a equívocos sobre la dignidad o el pudor femenino.

TRITONTÍN.- ¡Un proyecto deslumbrante!

BELISA.- ¡Ya veréis, ya veréis cuando estén terminados los estatutos!

TRITONTÍN.- Estoy tan seguro de su belleza como de su cordura.

ARMANDA.- Nosotras mismas seremos jueces de la vida literaria. El talento sólo estará reconocido en nosotras y en nuestras amistades... Lo censuraremos todo... y declararemos que nosotras, solamente nosotras, sabemos de verdad escribir...

ACTO TERCERO: ESCENA TERCERA

FILAMINTA, BELISA, ARMANDA, ENRIQUETA, TRITONTÍN y LEPINE

LEPINE.- (*A Tritontín*) Señor, ahí está un caballero que os quiere ver. Viste raro y habla con mucha suavidad.

(Todos se levantan)

TRITONTÍN.- Es ese sabio amigo mío que quería saludaros.

FILAMINTA.- Estáis en vuestra casa.

ACTO TERCERO: ESCENA CUARTA

FILAMINTA, BELISA, ARMANDA y ENRIQUETA

FILAMINTA.- *(A Armanda y a Belisa)* Más que de nuestra casa hagámosle los honores de nuestro espíritu... *(A Enriqueta que se quiere marchar)* Enriqueta, te he dicho muy claramente que te necesito.

ENRIQUETA.- ¿Para qué?

FILAMINTA.- Lo sabrás a su hora.

ACTO TERCERO: ESCENA QUINTA

TRITONTÍN, VADIUS, FILAMINTA, BELISA, ARMANDA y ENRIQUETA

TRITONTÍN.- *(Presentando a Vadius)* Este es el hombre que se moría de deseo de saludaros. No temo a esta presentación, señora... No traigo a vuestra casa un indocto. Su labor está entre los grandes, grandes intelectuales.

FILAMINTA.- Le presentáis vos y basta.

TRITONTÍN.- Inteligente como un clásico. Y la mayor autoridad en griego de toda Francia.

FILAMINTA.- *(A Belisa)* ¡Dios mío, griego! ¡Griego! Hermana... ¡Que sabe griego!

BELISA.- *(A Armanda)* ¡Qué sabe griego, sobrina!

ARMANDA.- ¡Qué maravilla! ¡Griego!

FILAMINTA.- ¡Griego! ¡Un señor que sabe griego!... ¡Caballero, permitidme que os abrace en nombre de mi amor al griego!

(Vadius abraza también a Belisa y Armanda)

ENRIQUETA.- *(A Vadius que quiere abrazarla igualmente)* A mí no, que no sé griego.

(Se sientan todos)

VADIUS.- Temo haber llegado en mal momento a presentaros mis respetos..., quizá interrumpiendo alguna elevada conversación.

FILAMINTA.- Cuando se habla griego se puede interrumpir todo.

TRITONTÍN.- Digamos, por otra parte, que además de hablar griego hace maravillas en verso y prosa. Me gustaría oír algo.

VADIUS.- El gran defecto de los intelectuales es que tiranizan las conversaciones. No conozco nada más estúpido que esos escritores en busca de incienso que acaparan y martirizan los oídos de sus contertulios. Yo no lo he hecho nunca. Recuerdo una máxima griega, muy sabia, que prohibía leer las obras a los autores. A pesar de ello tengo aquí un poemilla para enamorados sobre el que me gustaría conocer vuestra opinión.

TRITONTÍN.- Vuestros versos tienen bellezas de carácter único.

VADIUS.- Y los vuestros son un verdadero regalo de las Gracias.

TRITONTÍN.- Tenéis una gran soltura y un vocabulario amplísimo.

VADIUS.- En los vuestros hay, a la vez, "ithos" y "pathos".

TRITONTÍN.- Yo he leído églogas vuestras que son muy superiores a las de Virgilio.

VADIUS.- ¡No, no!... Vuestras odas... Vuestras odas son las que sobrepasan a Horacio en nobleza..., en dulzura... y en galantería...

TRITONTÍN.- No he visto nada de carácter más amatorio que vuestras coplas.

VADIUS.- Ni yo he leído nada que iguale a vuestros sonetos.

TRITONTÍN.- Es que no existe, no existe encanto superior al de vuestros rondós.

VADIUS.- ¿Y la frescura de vuestros madrigales?.

TRITONTÍN.- Donde yo os admiro, sobre todo, es en las baladas.

VADIUS.- Yo, en cambio, me deslumbro con vuestros versos de pie quebrado.

TRITONTÍN.- ¡No tenéis precio para Francia!

VADIUS.- Este siglo no sabe apreciar a los escritores.

TRITONTÍN.- A un poeta como vos debían pasearlo por la ciudad en carroza de oro.

VADIUS.- Tenían que haberos levantado una estatua. (*A Tritontín*) En fin... Se trata de una balada y me agradecería saber con sinceridad...

TRITONTÍN.- ¿Habéis leído un sonetillo a las fiebres que sufre la princesa Urania?

VADIUS.- Ayer lo oí en una reunión.

TRITONTÍN.- ¿Conocéis al autor?

VADIUS.- ¿Para qué? No vale nada.

TRITONTÍN.- Mucha gente lo ha encontrado admirable.

VADIUS.- Es un asco. Si lo conocierais pensaríais como yo.

TRITONTÍN.- No estamos de acuerdo. Hay pocos poetas capaces de escribir un soneto parecido.

VADIUS.- Yo me guardaría muy mucho.

TRITONTÍN.- Pues yo digo que no se puede hacer mejor. Y la razón es muy clara: soy el autor.

VADIUS.- ¿Vos?

TRITONTÍN.- Yo

VADIUS.- No sé cómo ha podido suceder una cosa así.

TRITONTÍN.- ¡Qué desgracia que el soneto no os guste!

VADIUS.- Quizá lo oí mal... Puede que el lector lo destrozase... Pero, cambiemos de tema... Veamos mi balada.

TRITONTÍN.- Para mi gusto, una balada es una antigualla. Todas huelen a podrido.

VADIUS.- A mucha gente le encantan.

TRITONTÍN.- A mí no.

VADIUS.- Eso no impide que sea buena.

TRITONTÍN.- Será para los pedantes.

VADIUS.- Y, entonces, ¿cómo es posible que no os guste?

TRITONTÍN.- ¿Es que os atrevéis a colgar a los demás vuestros fallos y defectos?

VADIUS.- Vos me estáis colocando los vuestros de forma bastante impertinente.

TRITONTÍN.- ¡Pues largaos al infierno a emborronar cuartillas!

VADIUS.- ¡Al diablo vos, coplero, vergüenza de la poesía!

TRITONTÍN.- ¡Fuera, fuera, copista, plagario!

VADIUS.- ¡Animal! ¡Bestia!

FILAMINTA.- Pero, señores, por favor... ¿Dónde van a llegar?

TRITONTÍN.- ¡Ve a devolver todo lo que has robado a los pobres clásicos griegos y latinos!...

VADIUS.- ¡Y tú vete a pedir perdón a Horacio..., que lo has dejado cojo!

TRITONTÍN.- ¡Acuérdate de tu librito que nadie ha querido leer!...

VADIUS.- ¡Acuérdate tú de la ruina de tu editor!

TRITONTÍN.- ¡Mi gloria no hay quien la mueva!

VADIUS.- Sí, sí... A las "Sátiras" de Boileau te remito.

TRITONTÍN.- Y yo a ti.

VADIUS.- A mí me ha dejado con honor... Una flecha entre los escritores importantes... ¡Pero a ti! Te tiene acribillado...

TRITONTÍN.- Porque soy más importante que tú... A ti ni siquiera te ha honrado dándote dos golpes... Conmigo no cesa, señal de que no puede...

VADIUS.- Mi pluma te enseñará de lo que soy capaz.

TRITONTÍN.- ¡Pues espera una buena lección de la mía!

VADIUS.- Te desafío en verso, en prosa, en latín y en griego...

TRITONTÍN.- ¡Eso delante de un librero!

ACTO TERCERO: ESCENA SEXTA

TRITONTÍN, FILAMINTA, ARMANDA, BELISA y ENRIQUETA.

TRITONTÍN.- Perdonad, señora. Me he enfadado sólo porque debía defender vuestra opinión sobre el soneto.

FILAMINTA.- Naturalmente. Tranquilizaos y cambiemos de tema. Ven aquí, Enriqueta. Estoy muy preocupada hace tiempo viendo que no tienes talento de ninguna clase. He pensado mucho y ahora ya sé cómo vas a tenerlo.

ENRIQUETA.- Me parece innecesaria tantísima preocupación. Los juegos intelectuales no son asunto mío. A mí me gusta sentirme a mis anchas. Hay que sufrir demasiado para competir con gentes tan inteligentísimas... Prefiero ser una bruta... De verdad... Prefiero hablar vulgaridades a atormentarme rebuscando frases cultas.

FILAMINTA.- Lo sé. Pero eso me mortifica. Me avergüenza, en una persona de mi sangre. La belleza es una decoración pasajera, un relámpago sobre la epidermis. Lo seguro es el espíritu. Por eso he buscado un camino para darte la belleza eterna..., que es la cultura..., la sabiduría... Ahora veo claro ese camino. Tienes que casarte con un intelectual. (*Señala a Tritontín*) Y aquí está el sabio, el culto, el intelectual que te destino.

ENRIQUETA.- Mamá, ¿qué estás diciendo?

FILAMINTA.- Hazte ahora la tonta.

BELISA.- (*A Tritontín*) Comprendido. Vuestra mirada es transparente. Tenéis mi permiso. Os autorizo a comprometeros con otra mujer. Ya sé que vuestro corazón es mío. Pero esa boda os instalará en esta casa.

TRITONTÍN.- (*A Enriqueta*) No sé que decir. Estoy encantado. La honrosa propuesta de este himeneo es para mí...

ENRIQUETA.- Despacito, amigo. Despacito. Que falta mucho para esa boda.

FILAMINTA.- ¡Así no se contesta!... Si lo he decidido yo, está decidido y basta. ¿Me oyes? (*A Tritontín*) Un ataque de locura. Se le pasará pronto... Vamos...

ACTO TERCERO: ESCENA SÉPTIMA

ENRIQUETA y ARMANDA

ARMANDA.- Mamá está preocupada contigo. Te ha buscado el más ilustre de los maridos.

ENRIQUETA.- Y, entonces, ¿por qué no te casas tú con él?

ARMANDA.- Es a ti, no a mí, a quien han otorgado su mano.

ENRIQUETA.- Te lo cedo con mucho gusto. Tú eres la mayor...

ARMANDA.- Si me gustase el himeneo como te gusta a ti aceptaría encantada.

ENRIQUETA.- ¡Himeneo!... Si yo fuese tan cursi y tan pedante como vosotras también me gustaría Tritontín.

ARMANDA.- Pues aunque tengas otros gustos deberás obedecer. El poder de una madre es absoluto... No sueñes con rebeldías.

ACTO TERCERO: ESCENA OCTAVA

CRISALIO, ARISTO, CLITANDRO, ENRIQUETA y ARMANDA

CRISALIO.- (*A Enriqueta presentándole a Clitandro*) Hija, tienes que aceptar mi voluntad... Quítate el guante. Da la mano a Clitandro y considérame como tu futuro marido. Yo lo quiero.

ARMANDA.- Ahora parece que aciertan con tu gusto, hermana...

ENRIQUETA.- Hay que obedecer... Tú lo has dicho antes. El poder de un padre es absoluto.

ARMANDA.- Y el de una madre...

CRISALIO.- ¿Qué quieres decir?

ARMANDA.- Que mamá y tú no parecéis estar de acuerdo, porque ella tiene otro candidato...

CRISALIO.- Cállate, erudita... Vete con tu madre a filosofar y no te mezcles en mis decisiones... De paso dile lo que pienso... Pero que no venga a contarme historias... ¡Vamos, lárgate!.

ACTO TERCERO: ESCENA NOVENA

CRISALIO, ARISTO, ENRIQUETA y CLITANDRO.

ARISTO.- Bravo. Este sí que es un milagro.

CLITANDRO.- ¡Aaah! ¡Qué gusto! ¡Bendita sea mi suerte!

CRISALIO.- (*A Clitandro*) ¡Tomad su mano! ¡Acompáñale!... Es vuestra primera caricia... (*A Aristo*) Estoy conmovido... Yo también fui joven... Y hasta estuve enamorado, ¿sabes?.

SEGUNDA PARTE

ACTO CUARTO

ACTO CUARTO: ESCENA PRIMERA

FILAMINTA y ARMANDA.

ARMANDA.- No ha vacilado. Ha obedecido tan contenta que más que aceptar la voluntad de papá parecía como si le encantase resistir la tuya.

FILAMINTA.- Yo le enseñaré pronto cuáles son los derechos de la razón. Veremos si aquí manda el espíritu o manda la materia.

ARMANDA.- Debían haberte hecho caso, al menos por cortesía. No se puede ser yerno de una persona a la fuerza.

FILAMINTA.- Aún no lo ha logrado. El caso es que me parecía guapo cuando andaba tras de ti. Y ahora, de verdad, me molesta su comportamiento. Sabe que escribo, ¿pues todavía no me ha pedido que le lea una sola línea!.

ACTO CUARTO: ESCENA SEGUNDA

CLITANDRO, que entra disimuladamente y escucha sin ser visto; ARMANDA y FILAMINTA

ARMANDA.- Yo, en tu lugar, nunca permitiría su boda con Enriqueta. No me ofendas pensando que me siento despechada por la jugada tan cobarde que me ha hecho. Sé que la filosofía fortalece el alma humana contra este tipo de golpes y estoy por encima de todo. Se trata de ti y de tu familia literaria. Nunca he visto, aquí entre nosotras, que sintiese por ella la menor estimación.

FILAMINTA.- ¡Estúpido!

ARMANDA.- Retumba tu gloria intelectual y él permanece como un témpano de hielo.

FILAMINTA.- ¡Un bruto!.

ARMANDA.- ¡Le he leído veinte veces tus versos, siempre los mismos, y todavía estoy esperando el primer elogio!

FILAMINTA.- ¡Un impertinente!

ARMANDA.- Hemos discutido bastante. No te puedes imaginar la cantidad de tonterías que...

CLITANDRO.- (*A Armanda*) Piano, piano... Si no consigues ser caritativa, trata, al menos, de ser decente. ¿Pero qué es lo que te he hecho? ¿Por qué derrochas tanta elocuencia contra mí? ¿Por qué ese empeño en hacerme odioso a los ojos de las personas que necesito? Vamos, dime: ¿De dónde viene esa cólera? Me gustaría, señora, que me juzgaseis con justicia.

ARMANDA.- Desde luego tengo motivos sobrados para sentirme colérica. Te lo mereces. Un primer amor instauro un derecho sagrado sobre las almas. La vida y la fortuna deben perderse íntegramente antes que ser infiel. Ningún horror puede compararse con la inconstancia. En esas condiciones, el hombre veleidoso es un monstruo de inmoralidad.

CLITANDRO.- ¿Es que vas a llamarle infidelidad a un mandato del amor propio? Si yo obedezco a mi orgullo, la culpa es toda tuya. Dos años largos he luchado por tí. Devoción, respeto, servicio, cuidados... Todo te lo ofrecí como prueba de amor. Y todo lo rechazaste. Siempre te encontré enemiga de mis deseos. Y ahora ¿tengo yo la culpa si ofrezco a otra todo lo que tú has rechazado? Tú eres quien me has empujado... Yo no te abandoné... Tú te marchaste.

ARMANDA.- ¿Es que vas a llamar "marcharse" a desvulgarizar tus deseos y convertirlos en ese hermosísimo estado de pureza que caracteriza a todos los grandes amores? ¿Es que no eres capaz de mantener tu pensamiento limpio de la influencia de los sentidos? ¿Es que no te interesa más la unión de los corazones que la unión de los cuerpos? Por lo visto tu sólo admites el amor grosero, el amor material, alimentado por el matrimonio, y, por supuesto, por las consecuencias del matrimonio... ¡Pues vaya un amor extraño! ¿Y vaya un amor lejano del que sienten las almas sublimes! Yo prefiero el amor que une los espíritus sin afectar a los sentidos... El amor que considera una indignidad el intento de materializarlo... El amor de los suspiros limpios... El amor sin deseos... El amor sin impurezas... El amor que ama por amar... El amor de los seres que olvidan sus cuerpos...

CLITANDRO.- Por desgracia, y aunque te desagrade, yo sé que tengo un cuerpo y un alma. Noto tanto mi cuerpo que me es imposible darle de lado. No sé cómo hacer. No he tenido suerte con la filosofía y tengo que llevar juntos mi alma y mi cuerpo. Puede que no haya nada tan bonito, tú lo has dicho, como esos deseos refinadísimos que sólo viven en el espíritu..., ese matrimonio de los corazones liberados del duro comercio de los sentidos..., pero ese amor es demasiado sutil para mí... Yo soy un pobre diablo grosero que quiere con todo su ser, y, por supuesto, con toda su persona... La verdad es que no creo que merezca un castigo por eso... Hay mucha gente en el mundo que siguen mi mismo método y por eso está tan de moda el matrimonio. Un lazo tan agradable que yo quise casarme contigo. No creo que fuese por molestarte.

ARMANDA.- Muy bien, muy bien. Si no quieres hacerme caso... Si tanto necesitas darle plena satisfacción a tus brutales sentimientos... Si no puedes vivir sin los

placeres del cuerpo y, sobre todo, de la carne..., pediré permiso a mamá y forzaré a mi espíritu para ver si puede aceptar, eh..., la cosa...

CLITANDRO.- Ya es tarde, tu sitio está ocupado. Una nueva infidelidad sería una ofensa gratuita a quien me salvó tan a punto de tu altanería.

FILAMINTA.- ¿Pero es que pretendéis casaros sin mi permiso? Además, ¿no sabéis que ya le encontré marido a Enriqueta?.

CLITANDRO.- ¡Cuidado con eso, señora! Pensadlo dos veces antes de condenarme al indigno destino de rivalizar con Tritontín. Mi amor a la inteligencia no puede llevarme a luchar contra un adversario tan innoble. El mal gusto de esta época ha aplaudido a bastantes gentes... Pero en honor a la verdad hay que decir que Tritontín no ha engañado a nadie. Sus obras están bien juzgadas. Fuera de aquí nadie le toma en más de lo que vale. Sólo en esta casa se alaban unos viles sonetillos que os disgustarían muchísimo de haberlos escrito vos.

FILAMINTA.- Le juzgáis de esa manera porque le habéis visto con muy malos ojos.

ACTO CUARTO: ESCENA TERCERA

TRITONTÍN, FILAMINTA, ARMANDA y CLITANDRO

TRITONTÍN.- (*A Filaminta*) Traigo una buena noticia. Hemos tenido suerte. Mientras dormíamos un planeta ha atravesado nuestra atmósfera. De haberse encontrado de frente con la Tierra la habría destrozado como si hubiese sido de cristal.

FILAMINTA.- Aplacemos la conferencia para otro minuto. El señor la encontraría con poco sentido. Presume bastante de amor a la ignorancia y de odio a la cultura.

CLITANDRO.- Con matices, señora. La cultura que yo detesto es la que daña a las personas. Por buena que sea en sí misma, prefiero vivir entre ignorantes que entre sabios de cierta clase.

TRITONTÍN.- No creo que la ciencia pueda hacer daño nunca, en ningún caso.

CLITANDRO.- Pues yo pienso, en cambio, que la ciencia fabrica demasiados tontos.

TRITONTÍN.- Una gran paradoja.

CLITANDRO.- Lo puedo demostrar. Y si me faltan los argumentos os pondré algún ejemplo.

TRITONTÍN.- Eso no probará nada...

CLITANDRO.- Es que están muy cerca.

TRITONTÍN.- Yo no los veo.

CLITANDRO.- Pues saltan a la vista.

TRITONTÍN.- Hasta ahora siempre he creído que los tontos eran producto de la ignorancia.

CLITANDRO.- Estáis mal informado. Un sabio tonto es mucho más tonto que un tonto inculto.

TRITONTÍN.- El sentido común asegura que tonto e inculto son términos sinónimos.

CLITANDRO.- Y el uso común sostiene también que tonto y pedante son primos hermanos.

TRITONTÍN.- La ignorancia del tonto está muy clara.

CLITANDRO.- Pero la ciencia del pedante nos hace más grave su tontería.

TRITONTÍN.- La ciencia siempre tiene mérito.

CLITANDRO.- ¡Qué va! La ciencia de los pedantes es una impertinencia.

TRITONTÍN.- ¡Se ve que os atrae la ignorancia! La defendéis muy a fondo.

CLITANDRO.- Sólo si tengo ante los ojos a cierta especie de sabios...

TRITONTÍN.- Esos sabios, cuando se les conoce, pueden valer tanto como cualquier otra persona.

CLITANDRO.- Sí, si nos referimos a los verdaderos sabios, pero no a "ciertos" sabios...

FILAMINTA.- (*A Clitandro*) Caballero, me parece que...

CLITANDRO.- ¡Por favor señora! Este sabio es fuerte y no necesita ayuda..., para mí es duro luchar contra un guerrero tan valiente... Me defiende, pero retrocedo...

ARMANDA.- Tú estás atacando... Tú...

CLITANDRO.- ¿Otra aliada? Ya no sigo...

ARMANDA.- Se puede discutir, pero sin ofender a las personas...

CLITANDRO.- ¿Quién le ha ofendido? El caballero es burlón, como buen francés... Otras flechas le habrán alcanzado en su vida sin que por eso haya sufrido poco ni mucho su gloria literaria.

TRITONTÍN.- No me asombra lo más mínimo que este señor defienda esa postura. Es la tesis oficial y con eso está dicho todo. La corte no ama a las personas inteligentes. Más bien puede decirse que prefiere a los ignorantes. Este señor piensa como un cortesano.

CLITANDRO.- ¡Pobre Corte! ¡Y qué desgracia para ella que los espíritus cultos la encuentren culpable de todos sus pesares! Al censurar su mal gusto echáis sobre sus hombros toda la responsabilidad de vuestros fracasos... Permitidme, señor Tritontín, que con todo el respeto que merece vuestra reputación os diga que haríais muy bien en hablar mejor de la Corte porque, en el fondo, no es tan inculta como creéis; tiene bastante buen juicio, un evidente buen gusto y una educación que vale más que todo ese saber oscuro de que tanto presumen los pedantes.

TRITONTÍN.- ¡A la visita están los resultados de ese "buen gusto"!

CLITANDRO.- ¿Qué veis de malo a vuestro alrededor?

TRITONTÍN.- Veo un mundo de científicos que honran a Francia sin haber logrado una sola mirada de consideración de la Corte.

CLITANDRO.- Estoy seguro de que no os habéis incluido entre esos talentos sólo por pura modestia. Bien. Yo tampoco os voy a incluir. ¿Que hacen por el bien del país esos hombres tan grandes? ¿De que ha servido tanto libro para que os permitáis acusar de injusta a la Corte y andéis a todas horas quejandoos de lo poco que os favorece? ¿Que honran a Francia? A esos memos con cerebro de chorlito les parece que editar una obra y encuadernarla en piel es bastante para ser un gran personaje del Estado..., que unas cuantas plumas van a decidir el destino de la Corona..., que al menor éxito deben recibir un diluvio de subvenciones..., que el universo los contempla..., que su gloria cubre la tierra..., y que son verdaderos prodigios, por que repiten lo que otros han dicho mil y mil veces antes... Todo porque llevan treinta años oyendo y leyendo. Se han pasado diez mil noches embadurnándose de latín y de griego... Quizás porque han cargado con el farragoso botín de una biblioteca... gentes borrachas de cultura..., ricas en "bla..., bla..., bla...", inútiles, sin el menor sentido común..., impertinentes..., ridículas..., capaces, por sí solas, de desacreditar en cualquier parte la inteligencia y la cultura.

FILAMINTA.- Vuestra cólera explica muy bien los motivos de esa rabieta... Es lo de siempre... La vista del rival...

ACTO CUARTO: ESCENA CUARTA

TRITONTÍN, FILAMINTA, CLITANDRO, ARMANDA y JULIÁN

JULIÁN.- El sabio que estuvo aquí, a quien tengo el honor de servir, os ruega leáis esta carta.

FILAMINTA.- Es estúpido interrumpir así una conversación por importante que sea vuestro mensaje. Además, cuando se entra en una casa se debe recurrir a su propio servicio.

JULIÁN.- Tomaré nota, señora.

FILAMINTA.- "Tritontín, señora, presume de que va a casarse con vuestra hija. Os prevengo que su filosofía consiste en desear vuestra fortuna. No autoricéis ese matrimonio hasta leer el poema que le estoy haciendo. Entretanto os envío unos ejemplares de Horacio, Virgilio, Terencio y Cátulo en que están anotados sus plagios". Este casamiento provoca ya tantos ataques de vuestros enemigos que su rabia merece una respuesta que confunda a los envidiosos y les haga entender que vuestra evasiva ha precipitado lo que quería evitar. *(A Julián)* Decid todo esto a vuestro amo y... para que vea la estima que siento por sus nobles consejos contadle que esta noche casaré con este señor a mi hija.

ACTO CUARTO: ESCENA QUINTA

FILAMINTA, ARMANDA y CLITANDRO.

FILAMINTA.- *(A Clitandro)* Me gustaría que asistieseis a la firma de esponsales. Sois un buen amigo de la familia... Avisa al notario, Armanda... Y a tu hermana...

ARMANDA.- No hará falta... Clitandro irá corriendo a decírselo para que tenga tiempo de preparar su rebeldía.

FILAMINTA.- Veremos si le sirve de algo. Veremos quien manda aquí y quien obedece.

ACTO CUARTO: ESCENA SEXTA

ARMANDA y CLITANDRO.

ARMANDA.- Lo siento, pero se te han puesto muy mal las cosas.

CLITANDRO.- Haré todo lo que pueda para que no tengas por qué sentirlo.

ARMANDA.- Me parece que vas a hacer un esfuerzo inútil.

CLITANDRO.- Y a mí me parece que tus temores son completamente infundados...

ARMANDA.- ¡Ojalá!

CLITANDRO.- Estoy convencido y, desde luego, cuento con tu ayuda.

ARMANDA.- Te ayudaré con toda mi alma.

CLITANDRO.- No lo olvidaré nunca.

ACTO CUARTO: ESCENA SÉPTIMA

CRISALIO, ARISTO, ENRIQUETA y CLITANDRO

CLITANDRO.- Señor, estamos perdidos sin vuestro apoyo. Vuestra esposa me ha rechazado. Es partidaria de Tritontín.

CRISALIO.- ¡Qué tontería! ¿Cómo le va a gustar ese imbécil?

ARISTO.- Pues porque hace versitos en latín... No hay otra razón.

CLITANDRO.- Quiere que los esponsales se celebren esta misma noche.

CRISALIO.- ¿Esta noche?

CLITANDRO.- Sí, sí. Esta noche.

CRISALIO.- Pues para llevarle la contraria, esta noche os caso yo a los dos.

CLITANDRO.- Es que ya ha mandado a buscar al notario.

CRISALIO.- Yo le explicaré primero quiénes son los que se casan.

CLITANDRO.- (*Señalando a Enriqueta*) Armanda tiene el encargo de preparar a Enriqueta.

CRISALIO.- Enriqueta... ¡Te ordeno que te prepares para este otro matrimonio! ¡Estaría bueno! ¡Aquí no hay más órdenes que las que yo doy! (*A Enriqueta*) Espérate aquí... En seguida volvemos... Ven conmigo, hermano... Y tú también, hijo.

ENRIQUETA.- (*A Aristo*) Por favor, tío, que no afloje...

ARISTO.- Haré todo lo que pueda por vosotros.

ACTO CUARTO: ESCENA OCTAVA

ENRIQUETA y CLITANDRO

CLITANDRO.- Por mucho que nos ayuden, amor mío, yo no confío más que en tí.

ENRIQUETA.- Por mí puedes sentirte tranquilo.

CLITANDRO.- Es mi vida la que está en tus manos.

ENRIQUETA.- Pero ya ves mi madre...

CLITANDRO.- No tengo ningún miedo, mientras tu me quieras...

ENRIQUETA.- Lucharé... lucharé por los dos. Y si todo nos saliese mal siempre existe un lugar donde no sería de ningún hombre...

CLITANDRO.- No... No quisiera tenerte que agradecer esa prueba de amor...

ACTO QUINTO

ACTO QUINTO: ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA y TRITONTÍN

ENRIQUETA.- Quiero hablaros sin tapujos, sobre esa boda organizada por mi madre. Mi familia está como trastornada y yo apelo a vuestro sentido común. Sé que contáis con mi dote, que es, desde luego, bastante considerable. Pero me imagino que el dinero es algo indigno de un filósofo y estoy segura que no sólo de palabra despreciáis el bienestar que se obtiene con las cosas frívolas.

TRITONTÍN.- Nada de eso, en efecto, es lo que me interesa de vos. Sois muy atractiva. Tenéis una mirada suave y penetrante. Vuestro encanto personal es la riqueza que me gusta y enamora. Yo os quiero a vos.

ENRIQUETA.- Gracias. Me siento confundida y lamento, de verdad, no poder corresponderos. La verdad es que os estimo todo lo que se os puede estimar. Pero encuentro un obstáculo para quererlos. El corazón no puede repartirse y el mío adora a Clitandro... Que tiene muchos menos méritos que vos porque... bueno, habré elegido mal... Debíais gustarme muchísimo por lo talentado que sois... Sé que me equivoco... Pero la cosa no tiene arreglo... Por mucho que razono lo único que veo claro es que estoy ciega...

TRITONTÍN.- Bueno. Cuando me concedan vuestra mano también me concederán vuestro corazón... Clitandro dejará de tenerlo y yo sabré, con cuidado y atención, enseñaros poco a poco a quererme...

ENRIQUETA.- No. Estoy unida a él y vuestras atenciones no me pueden hacer el menor efecto. Os lo digo con toda sinceridad. El amor no tiene nada que ver con el talento, ni con la cultura. Es un capricho. Es difícil de explicar por qué nos gusta una persona. Si se amase eligiendo siempre al más sabio, probablemente os amaría. Pero el corazón se gobierna a su manera. Dejadme, pues, tan tonta y tan ciega y no me forcéis en nombre de la obediencia que debo a mi madre. Un hombre honrado no puede aceptar más que aquello que consiga por sí mismo. No empujéis a mí madre a darme órdenes de esa clase. Olvidáos de mí y buscad otra destinataria para un amor tan importante y valioso como el vuestro.

TRITONTÍN.- Imponedme una ley, cualquiera, que yo pueda seguir. Pero no me pidáis que os deje de querer, a menos que seáis capaz de esconder y disimular vuestra belleza, vuestra gracia y vuestras condiciones que...

ENRIQUETA.- ¡Por favor!... Dejaos ya de galimatías... Habéis llenado vuestros versos con tantas Iris, Filis y Amarantas, todas bellas, graciosas y seductoras, que os creéis que estáis enamorado de cualquier mujer...

TRITONTÍN.- Mi sensibilidad se impresiona con casi todas, claro, pero mi corazón... Son amores de escritor... A vos, Enriqueta, os quiero de verdad.

ENRIQUETA.- ¡Por favor! ¡Por favor!

TRITONTÍN.- Si eso os ofende tendré que seguir ofendiéndoos... Mi amor, que desconocíais, será un amor eterno. Nada me detendrá... Y si vuestra hermosura me condena, entonces, lógicamente, tendré que agradecer su ayuda a vuestra madre, tan entusiasta de mí... No me importa cómo... pero tendrás que ser mía...

ENRIQUETA.- La violencia es muy peligrosa en el amor. De verdad que es poco seguro casarse con una mujer contra su voluntad... Forzar a una persona es crear un serio resentimiento...

TRITONTÍN.- Eso no me da ningún miedo. Un intelectual está siempre preparado para todo. Curado, por la cultura, de las debilidades comunes, está por encima de ellas y no se toma más disgustos que los que quiere...

ENRIQUETA.- Me dejáis asombrada. Nunca creí que la filosofía, con toda su belleza, fuese capaz de evitar los disgustos... Bien... vuestra seguridad merece un verdadero premio: buscad alguien que acepte, con cariño el esfuerzo que estáis haciendo para actualizaros... Yo, la verdad, no soy digna de tantísima gloria... Se la regalo a otra... Os juro que renuncio a convertirme en vuestra esposa.

TRITONTÍN.- (*Saliendo*) Esto lo vamos a ver muy pronto. Ya ha llegado el notario.

ACTO QUINTO: ESCENA SEGUNDA

CRISALIO, CLITANDRO, ENRIQUETA y MARTINA.

CRISALIO.- Me alegro de que estés aquí, hija... Vamos, ven a cumplir con tu deber e inclínate ante la voluntad de tu padre... Tengo que darle a tu madre una buena lección. Para empezar, y aunque muerda, aquí está Martina, que vuelve a trabajar en la casa.

ENRIQUETA.- Tus decisiones no merecen más que elogios. ¡Por Dios, papá, no cambies otra vez de criterio! ¡No te dejes ablandar! ¡Haz todo lo que puedas para que mamá no se salga otra vez con la suya!

CRISALIO.- Pero, bueno, ¿es que me tomas por un espantapájaros?

ENRIQUETA.- No he querido decir eso.

CRISALIO.- ¿O por un débil mental?

ENRIQUETA.- Tampoco, Papá.

CRISALIO.- ¿Te crees que no soy capaz de sostener un criterio sensato?

ENRIQUETA.- No es eso...

CRISALIO.- ¿Entonces? ¿A ver si a la edad que tengo no voy a poder mandar en mi casa!

ENRIQUETA.- Claro que puedes.

CRISALIO.- ¿O es que a estas alturas me va a mangonear mi mujer?

ENRIQUETA.- ¡Qué va!

CRISALIO.- ¡Descarada! ¿Cómo te atreves a reírte de mí?

ENRIQUETA.- Perdona, papá...

CRISALIO.- En mi casa mando yo.

ENRIQUETA.- Sí, papá...

CRISALIO.- Y nadie más. Absolutamente nadie más.

ENRIQUETA.- Sí, papá...

CRISALIO.- Yo soy el cabeza de familia.

ENRIQUETA.- ¡Claro que sí!

CRISALIO.- Yo soy quien puede conceder tu mano.

ENRIQUETA.- ¡Eso! ¡Eso!

CRISALIO.- Tengo potestad divina sobre tí.

ENRIQUETA.- ¿Y quién dice lo contrario?

CRISALIO.- Y a la hora del matrimonio yo te enseñaré que tienes que obedecer fielmente a tu padre y no a tu madre...

ENRIQUETA.- ¡Pero si eso es lo que yo quiero, papá!... ¡Que todos te obedezcan!
¡Y yo la primera!

CRISALIO.- ¡Vamos a ver si mi mujer es capaz de rebelarse!

CLITANDRO.- ¡Ahí viene! ¡Y trae al notario!

CRISALIO.- Ayudadme entre todos.

MARTINA.- Déjenme a mí... Señor, yo también le echaré una mano, si hace falta...

ACTO QUINTO: ESCENA TERCERA

FILAMINTA, BELISA, ARMANDA, TRITONTÍN, UN NOTARIO, CRISALIO, CLITANDRO, ENRIQUETA y MARTINA.

FILAMINTA.- (*Al Notario*) ¿No podéis cambiar ese estilo bárbaro y redactar un contrato de esponsales que esté bien escrito?

EL NOTARIO.- Mi estilo es bueno, señora. Sería yo un memo si cambiase una sola palabra de las fórmulas notariales.

FILAMINTA.- ¡Ay, pobre país! ¡Qué barbarie en pleno corazón de la civilización cristiana! Por lo menos, en nombre de la ciencia, tened la amabilidad de, en lugar de escudos, francos y libras, enumerar la dote de mi hija en "minas" y "talentos" y, de paso, fechad el contrato en "idus" y "calendas".

EL NOTARIO.- ¿Quién, yo? Señora, si yo os hiciera caso, mis compañeros se burlarían de mí.

FILAMINTA.- Es inútil... No hay discusión con los bárbaros... Está bien... Sentaos y escribid... (*Ve a Martina*) ¡Ah! ¿Otra vez está aquí esta impúdica? Pero, ¿quién la ha traído y porqué ha vuelto a mi casa?

CRISALIO.- Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora tenemos que hacer otra cosa.

EL NOTARIO.- Vamos con el contrato. ¿Dónde está la futura?

FILAMINTA.- La que yo caso es la pequeña.

EL NOTARIO.- Bien

CRISALIO.- (*Señalando a Enriqueta*) Aquí está... Se llama Enriqueta.

EL NOTARIO.- Muy bien. ¿Y el futuro?

FILAMINTA.- (*Señalando a Tritontín*) Este es el marido que le doy.

CRISALIO.- (*Señalando a Clitandro*) Y este es el marido que le doy yo.

EL NOTARIO.- ¿Dos? Son demasiados para lo que se acostumbra.

FILAMINTA.- (*Al Notario*) ¿Por qué os detenéis? Tritontín... Escribid Tritontín, que ese es mi yerno...

CRISALIO.- Y como yerno mío, caballero, escribid "Clitandro".

EL NOTARIO.- Bueno, pónganse de acuerdo y decidan ambos cónyuges un solo futuro.

FILAMINTA.- Hacedme caso a mí, señor... Mi elección es la buena.

CRISALIO.- Haced lo que os he dicho.

EL NOTARIO.- Pues díganme a quién tengo que obedecer.

FILAMINTA.- (*A Crisalio*) ¿Pero es que vas a enfrentarte conmigo?.

CRISALIO.- ¡Claro! ¡No voy a tolerar que este señor se case con mi hija sólo por amor a mi dinero!

FILAMINTA.- ¿Quién piensa aquí en tu dinero? ¡Pues sí que eso le importa a un intelectual!

CRISALIO.- En fin, Enriqueta se casará con Clitandro.

FILAMINTA.- (*Señalando a Tritontín*) Y yo digo que éste será su marido... Mi elección es la buena. Está decidido.

CRISALIO.- ¡Despacio! Y con más delicadeza...

MARTINA.- Las mujeres se callan... Los hombres deben estar siempre encima de nosotras.

CRISALIO.- Así se habla.

MARTINA.- Cien veces que me despidan, cien veces diré que donde hay gallo no manda la gallina.

CRISALIO.- Por supuesto.

MARTINA.- Todo el mundo se burla del marido cuando es la mujer quien lleva los calzones.

CRISALIO.- Es verdad.

MARTINA.- Cuando yo me case quiero un marido que mande en la casa.... Y si yo discuto por capricho tan sólo con que levante la voz..., me parecerá muy bien que me la rebaje a bofetadas...

CRISALIO.- Eso está muy bien dicho.

MARTINA.- El señor tiene razón en querer un buen marido para su hija.

CRISALIO.- ¡Claro que sí!

MARTINA.- ¿En nombre de qué rechazar a Clitandro, con lo guapo y lo joven que es? ¿Y porque casarla con un sabio aburrido, que siempre tiene que decir la última palabra? No necesita un maestro, sino un marido. Y como la niña no quiere precisamente aprender latín, para nada bueno le puede servir este señor.

CRISALIO.- Muy bien.

FILAMINTA.- Pero, ¿por qué hay que soportar que se despache rebuznando?

MARTINA.- Los sabios, a las cátedras. Yo no quisiera nunca, mil veces lo he dicho, casare con un intelectual. Para ser feliz en el matrimonio sobra tanta cultura. Los libros van mal con los amores. Si alguna vez me caso quiero que mi marido no tenga más libro que yo... que no sepa la cartilla, señora, aunque a usted le dé rabia y, bueno, que no sea doctor más que para mí.

FILAMINTA.- (*A Crisalio*) ¿Ya acabó? ¿Es eso todo lo que tenía que decir tu intérprete?

CRISALIO.- Me ha interpretado divinamente.

FILAMINTA.- Pues ahora, para terminar la discusión, no hay más que cumplir mis órdenes. Enriqueta y este señor se casarán ahora mismo. Lo digo, lo quiero y no hay más que hablar. Si le has prometido tu hija a Clitandro, que se case con la mayor...

CRISALIO.- Algo es algo... (*A Enriqueta y Clitandro*) ¿Estáis de acuerdo?

ENRIQUETA.- ¡Pero, papá!

CLITANDRO.- (*A Crisalio*) ¡Por favor!

BELISA.- Podría encontrarse otra fórmula que seguramente le agradaría más... Pero hay amores que deben estar limpios como el sol... El alma puede comprometerse... En cambio, es necesario rechazar la contaminación de los cuerpos...

ACTO QUINTO: ESCENA CUARTA

ARISTO, CRISALIO, FILAMINTA, BELISA, ENRIQUETA, ARMANDA, TRITONTÍN, UN NOTARIO, CLITANDRO y MARTINA

ARISTO.- Siento mucho turbar esta alegría, para traeros dos malas noticias. He visto en el acto el desastre que se anuncia en estas cartas... (*A Filaminta*) Esta, para tí, es del procurador. (*A Crisalio*) Y esta otra de Lyon, para ti...

FILAMINTA.- ¿Malas noticias? ¿Cuáles pueden ser?

ARISTO.- Lee lo que viene en tu carta.

FILAMINTA.- "Señora, ruego a vuestro hermano que os entregue esta carta que dice lo que yo no me he atrevido a ir a notificaros. La negligencia con que lleváis vuestros asuntos ha hecho que el procurador no me haya prevenido y habéis perdido un pleito que hubieseis debido ganar."

CRISALIO.- (*A Filaminta*) ¿Que has perdido el pleito?

FILAMINTA.- (*A Crisalio*) ¡No te asuste! ¡Mira cómo a mí no me afecta! ¡Ten un alma menos baja y aprende a desafiar a la mala suerte! "Vuestro descuido os va a costar cuarenta mil escudos. El tribunal os ha condenado a pagar esa cantidad, más las costas". ¿Condenado? ¡Qué palabra tan chocante! Creí que sólo se aplicaba a los criminales.

ARISTO.- Debe ser un error. Tienes razón. Debían haber escrito que el tribunal te ruega que abones cuanto antes cuarenta mil escudos y los gastos del pleito.

FILAMINTA.- Y ¿la otra carta?

CRISALIO.- "Señor: todo lo vuestro me interesa en nombre de la gran amistad que tengo a vuestro hermano. Sé que vuestra fortuna estaba depositada en las "Bancas de Argente y Dalmon" y os prevengo que las dos han ido a la quiebra el mismo día"... ¡Pero, Dios mío, lo hemos perdido todo! ¡Estamos en la ruina!

FILAMINTA.- (*A Crisalio*) ¡Vergonzante lamentación absolutamente vergonzante! ¡La ruina! ¿Qué es la ruina? La ruina no es nada, filosóficamente hablando. El dinero no existe para las personas cultas. El intelectual que todo lo pierde tiene aún lo más valioso: su personalidad... Ea... Terminemos con nuestro asunto y olvídate de esas bagatelas económicas. (*Señala a Tritontín*) Dentro de su cabeza hay más que suficiente para él y para todos nosotros.

TRITONTÍN.- Señora, no insistáis... Todo el mundo se opone a este himeneo y a mí no me gusta contrariar a la mayoría.

FILAMINTA.- ¡Habéis cambiado de opinión tan de prisa como rápida ha sido nuestra ruina!

TRITONTÍN.- Me he cansado de insistir. Prefiero renunciar a molestaros y no puedo aceptar a la fuerza un corazón que no se me entrega...

FILAMINTA.- Ya veo, ya veo lo que no quería ver. Y en verdad que os honra bien poco.

TRITONTÍN.- Ved lo que os parezca, señora, y tomadlo como os dé la gana. Yo no soy hombre que soporte tantas y tantas dificultades, realmente injuriantes, como las que he sufrido aquí... Necesito que se me considere bastante más... En fin, beso las manos a todos aquellos que me han rechazado...

ACTO QUINTO: ESCENA QUINTA

ARISTO, CRISALIO, FILAMINTA, BELISA, ARMANDA, ENRIQUETA, CLITANDRO, UN NOTARIO y MARTINA

FILAMINTA.- ¡Alma de mercenario! ¡Lo que acaba de hacer no lo hace un buen filósofo!

CLITANDRO.- Yo no soy ni bueno ni malo, señora, pero me gustaría unirme a vuestro destino. Por eso me atrevo a ofreceros mi fortuna, juntamente con mi persona.

FILAMINTA.- Encantada con vuestra generosidad. Tanto que yo misma, yo, quiero premiar ese amor. Sí... Concedo la mano de Enriqueta a quien tan ardorosa y rápidamente...

ENRIQUETA.- No, no, mamá... Ahora me toca a mí decir que no... Rechazo esa boda...

CLITANDRO.- ¿Qué dices? ¿Ahora eres tú? ¿Ahora que ya están todos convencidos?

ENRIQUETA.- Tú no eres rico, Clitandro... Yo te quería para marido cuando pensaba que nuestro matrimonio podía servirte de ayuda... Pero ahora, con la suerte de espaldas, te quiero demasiado para obligarte a seguir nuestra desgracia.

CLITANDRO.- No hay mala suerte contigo... Y toda es malísima sin ti.

ENRIQUETA.- Palabras de un loco enamorado. Evitemos las preocupaciones y las desgracias. Nada desgasta tanto al matrimonio como la cruel necesidad de cada día. Acabaríamos echándonos la culpa el uno al otro de todo lo malo que nos sucediese.

ARISTO.- (*A Enriqueta*) ¿Sólo por eso te niegas a casarte con Clitandro?

ENRIQUETA.- Sólo por eso no me precipito en sus brazos. Le rechazo por lo mucho que le quiero.

ARISTO.- Entonces no le rechaces. Esas dos cartas son falsas. Quería engañaros, desengañar a mi hermana y ver lo que daba de sí su famoso filósofo.

CRISALIO.- ¡Gracias, Dios mío!

FILAMINTA.- Me alegro por la rabieta que le espera a ese cobarde desertor... He aquí el justo castigo a su avaricia: contemplar esta boda relumbrante.

CRISALIO.- (*A Clitandro*) Estaba segurísimo de que te casarías con Enriqueta.

FILAMINTA.- (*A Armanda*) Tú no te sacrificas... La filosofía entera te sostiene...

BELISA.- ¡Qué tenga cuidado Clitandro, por Dios! Es a mí a quien quiere, yo lo sé... Lo que sucede es que las personas se casan así, sin más ni más, y, claro, luego se pasan la vida arrepintiéndose.

CRISALIO.- (*Al Notario*) Vamos, señor notario. Cumplid mis órdenes y haced lo que os he mandado...

TELÓN